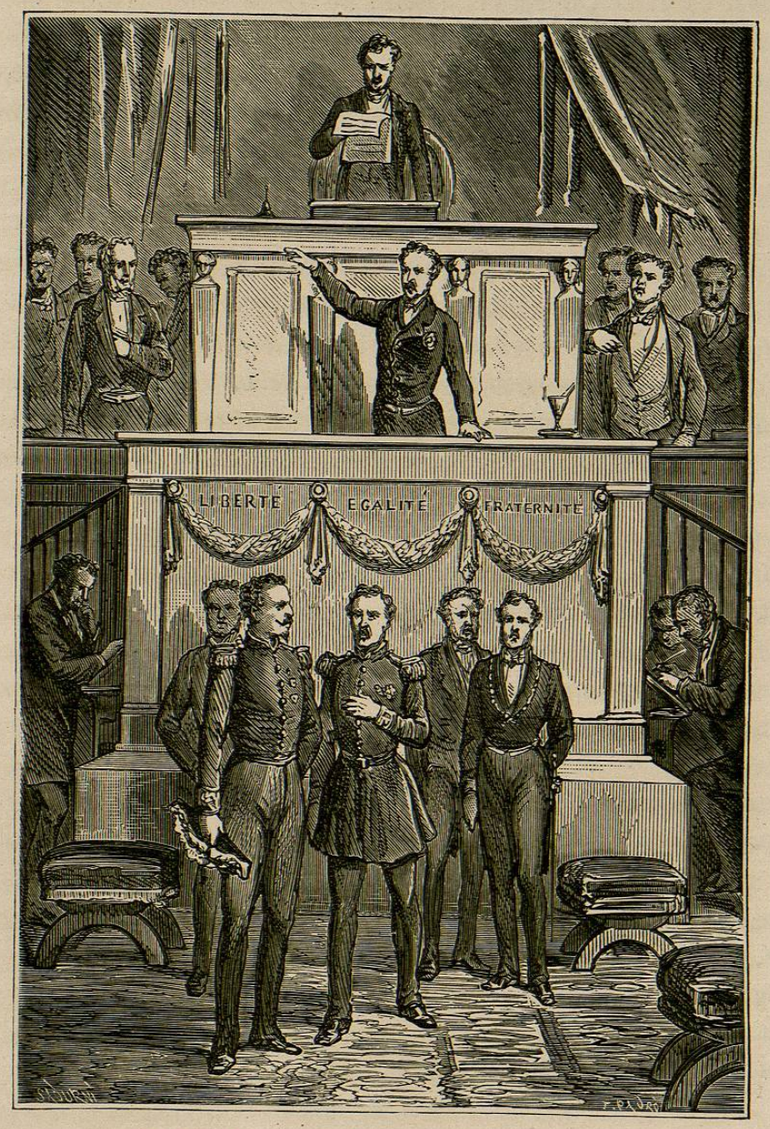
Napoleon se casó con Josefina, vizcondesa de Beauharnais, en 9 de Marzo de 1796; era esta, viuda del conde cuyo nombre llevaba; distinguíase en los altos círculos de Paris por su gracia y atractivos, y no es de estrañar, por lo tanto, que fascinará con sus encantos al jóven general, pero es indudable que Napoleon no contrajo semejante enlace solo por amor, sino tambien porque convenia á sus intereses. Así lo indicó, al menos, á sus mas íntimos amigos, demostrándoles que las muchas relaciones de Josefina y su gran influencia, podrian servirle de mucho, como así sucedió en efecto, pudiendo asegurarse que el matrimonio realizó las esperanzas de Napoleon. Pasados algunos años, y cuando se hubo revestido con la púrpura imperial, Josefina no podia servirle ya para llevar á cabo sus ambiciosos proyectos, y he aquí porque la repudió, á fin de buscar otra que conviniese mejor á su objeto, siendo lo mas notable que la Iglesia sancionó aquella injusticia para ponerse en buen lugar con el poderoso soberano. Josefina tuvo dos hijos de su primer marido; Eugenio, tan bien conocido en la historia por su bravura y fidelidad, y Hortensia, despues reina de Holanda y madre de Napeleon III.

En 17 de Marzo de 1796, salió de Paris el general Bonaparte para ir á encargarse del mando del ejército de Italia, y despues de visitar á su madre en Marsella, continuó rápidamente su viage en direccion á Niza, donde se hallaba el cuartel general del ejército.

Traspasariamos los límites marcados para esta obra si nos detuviéramos á referir los brillantes hechos de armas de dicho ejército y su jóven gefe; baste saber que el objeto era obligar al rey de Cerdeña á que renunciase á su alianza con Austria, conseguir que el Emperador retirase del Rin las tropas que estaban allí para defender á Lombardia, é intimidar al Papa á fin de que no se valiese de la influencia del clero para promover intrigas contra la revolucion de Francia. La empresa de Bonaparte era seguramente mas grandiosa, mas difícil y arriesgada que la que debia acometer mas tarde Luis Napoleon, y tambien fué el éxito mucho mas brillante.

Todos conocen la historia de los ruidosos triunfos alcanzados por el ejército espedicionario, hasta que el tratado de Tallentino coronó de laureles á Napoleon, escitando el asombro de la Europa entera. Ná-



Luis Napoleon prestando juramento á la República.

poles pidió la paz, abandonando al Austria; Roma renunció á la lucha despues de haber dejado en poder del vencedor Ancona, Bolonia y Ferrara; Toscana quedó sin fuerzas, y Leghorn, su rico imperio, fué tomada tambien por los invasores. La campaña franco-italiana que terminó con el tratado de Tallentino, fué seguramente la mas brillante que ha hecho general alguno.

La fortuna parecia sonreir al audaz invasor, que contando sus triunfos por sus batallas, conquistó para sí una corona de gloria, pero la política del jóven héroe no era franca y leal, pues intrigó contra los potentados con quienes trataba, engañando al pueblo á quien aparentaba querer libertar. Deseaba humillar al Austria, mas no favorecer á Italia, y aunque el Gobierno de Paris tenia empeño en que se proclamase la república en los estados del norte de este pais, porque asi convenia á los intereses de Francia, Napoleon, confiado en su fuerza moral, en su génio, y en la lealtad de sus tropas, no quiso favorecer los planes de aquel.

Aunque Bonaparte presumia de ser republicano, no profesaba en rigor los principios de tal ni tenia una inclinacion marcada por ninguna otra clase de gobierno, pero en su concepto, este debia ser favorable para los hombres que estuvieran en el poder, aun cuando fuera perjudicial para los gobernados y para los intereses del pueblo. Esta fué la idea que predominó siempre en sus actos, principalmente cuando á consecuencia de sus victorias, se puso en correspondencia con la administracion, y en contacto en las instituciones civiles y eclesiásticas de los pueblos que invadió. Bonaparte tenia pensado utilizarse del Gobierno francés, cualquiera que fuese la forma que tomára: el tratado de Campo Formio le favoreció á él mas que al pais cuyo ejército estaba á sus órdenes, y en cuanto á Italia, le era tan indiferente como el Directorio, segun se desprende de las siguientes palabras que pronunció al tratar de la paz: «Ya está arreglado todo; *Venecia pagará los gastos de la guerra, y el Rin será nuestro límite*, diga lo que quiera el Directorio.»

Francia y Austria firmaron la paz; la república de Venecia quedó saqueada á consecuencia del tratado que se celebró, y el Rin fué reconocido como límite de la primera de dichas potencias.

Al regresar el conquistador de Italia, ocurrieron varios incidentes domésticos de los cuales debemos hacer aqui mencion.

Bonaparte apreciaba mucho á Josefina, la cual le profesaba á su vez el mas afectuoso cariño, pero los hermanos del general tenian empeño en debilitar la influencia de aquella sobre su esposo, y habiendo resuelto indisponerla con este, la acusaron de infidelidad, lo cual era una calumnia. Napoleon lo comprendió asi, y por lo tanto, no desconfió un momento de su esposa, pero tal afecto le inspiraba su familia, que no hizo nada para oponerse á la persecucion de que era objeto Josefina. Esta consiguió que su hija Hortensia se casase con su cuñado, Luis Bonaparte, mas no labró con esto su felicidad; Napoleon III fué el fruto de este enlace.

La espedicion de Bonaparte á Egipto no obtuvo buen éxito, y despues de su marcha, no le fué posible al ejército vencer las dificultades que se le presentaban para conseguir su objeto: la escuadra francesa fué derrotada en Aboukir por Nelson, y Sidney Smith batió á Napoleon en Acre. El plan favorito del gran general habia sidó siempre debilitar á Inglaterra, atacándola por donde era mas vulnerable, es decir, por sus posesiones de Oriente, pero sus esperanzas quedaron defraudadas en este punto merced á la energía y esfuerzos de los ingleses, mandados por el valeroso Abercrombie, y gracias á que la India contribuyó con numerosas tropas para libertar á Egipto. Aun cuando Napoleon hubiera tenido un ejército mas poderoso para atacar las posesiones inglesas, habria sido derrotado seguramente por las fuerzas, muy superiores, que Lord Wellesley podia reunir contra él, mas no se abandonó por esto la idea de humillar á Inglaterra, despojándola de lo que habia conquistado con tanto trabajo en Oriente.

La indigna proclama de Napoleon al pueblo de Egipto es bien conocida de todo el mundo, habiendo llamado principalmente la atencion aquel párrafo que decia: «Me inspira mas respeto que los mamelucos, Dios *su profeta, y el Alcoran;*» pero debe tenerse en cuenta que entraba por mucho en la política de Bonaparte valerse de la religion como un instrumento, ó despreciarla cuando asi convenia á sus fines. Harto lo habia dado á conocer cuando al regresar de Radstadt apareció en el Luxemburgo y fué presentado por Talleyrand al Directorio

como conquistador de Italia; el discurso que pronunció entonces, fué tan poco sincero como la proclama á que nos hemos referido antes.

Al volver Napoleon de Egipto, los acontecimientos preparados por su admirable génio, crearon una nueva revolucion en su favor: la constitucion del año III pereció por la locura, las imprudencias y los vicios del Directorio y de los Consejos, y merced á las intrigas de la familia de Bonaparte y de sus amigos, Napoleon fué nombrado Primer Cónsul. Pocos pudieron preveer entonces que llegaria á revestirse con la púrpura imperial, ni tampoco que las exigencias de Francia y el génio de aquel hombre, conspirarian para conservar en sus manos el poder supremo. Muchos creyeron que su mision era consolidar la libertad, conservar el órden y el respeto á las leyes, pero he aqui lo que dice M. Thiers en su *Historia de la revolucion francesa:* «Bonaparte no vino para asegurar la libertad, pues no podia existir aun; vino á continuar la revolucion del mundo bajo la forma monárquica; á sentarse sobre un trono, á pesar de su orígen oscuro, á confundir la antigua aristocracia con la plebe; á traernos reyes advenedizos; á introducir las leyes francesas en Alemania, en Italia y España, y á trastornar, en fin, el órden de cosas establecido. Tal era la mision que debia llevar á cabo, y entretanto se condensó una nueva sociedad á la sombra de su espada, pero mas tarde debia imperar la libertad.» No deja de haber cierta elocuencia en esta descripcion, pero desde luego se nota que el escritor se deja llevar de su parcialidad hasta el punto de faltar á la exactitud histórica. Ni Bonaparte era plebeyo ni puso en el trono á ninguno que lo fuera, y muy lejos de esto, estaba bien reconocida la nobleza de su familia, que por su ilustre cuna, se hacia acreedora á toda clase de ditinciones. M. Thiers no reconoce la influencia personal de Napoleon, mas no puede negarse que la ejerció, y muy grande, no solo en el destino de Francia sino en el de las demas naciones, y nadie pondrá en duda tampoco que su prestigio llegó á ser inmenso. Bourrienne supo apreciar mejor que M. Thiers las condiciones de Bonaparte, y es mas exacto cuando dice: «¿Quién hubiera creido que despues de obtener el poder supremo, se aprovecharia de él para hollar los mismos principios que pro-

fesára antes y á los cuales debia su elevacion? ¿Quién podia imaginarse que destruiria con el mas absoluto despotismo esas formas de libertad constitucional por las cuales habia suspirado Francia tanto tiempo, y de que esperaba disfrutar despues de sacrificios tan penosos? ¡Y sin embargo, esto es lo que sucedió! Cuando su ambicion quedó satisfecha, cuando lo hubo sacrificado todo para llegar al punto que se habia propuesto, le vemos restableciendo los principios que habia combatido y defendiéndolos con sin igual energía... ¿Tuvo acaso en cuenta que cuando un hombre es el *todo*, este *todo* debe caer con él, y que el destino de una nacion es muy incierto si depende tan solo de la victoria ó de la derrota de un ejército?

Estas observaciones están muy en su lugar por lo que hace al periodo en que Napoleon obtuvo el supremo poder político, el cual no abandonó hasta que la Europa armada le declaró la guerra. Francia hubiera preferido la paz y la libertad, pero los reyes despóticos, que odiaban á esta última, trataron de ahogarla en sangre, y por lo tanto, la República se vió precisada á revolucionar á otros paises para procurarse un apoyo. La guerra ofrecia un vasto campo donde podia desarrollarse el génio militar de Francia, y entonces se formaron los elementos que debian constituir un peligro para la independencia Europea; creóse una nueva dinastía militar á consecuencia de la lucha contra la libertad en Francia, y en medio de un mar de sangre y llamas apareció luego Napoleon, semejante al génio de la tempestad.

Desde al Consulado al Imperio habia muy poca distancia; Bonaparte la franqueó atrevidamente, ocupó el trono con la mayor resolucion, y dió pruebas de que podia manejar tan bien el cetro como la espada. Cierto es que amaba á la Francia, pero solo porque le habia abierto el camino de la gloria, y no es de estrañar que no sintiese por ella patriotismo, si se atiende á que no era francés. Por varias averiguaciones hechas últimamente, se ha demostrado que Napoleon varió la fecha de su nacimiento á fin de que apareciese que habia nacido en Francia y no en Italia, pero seguramente hubiera dado la preferencia á esta si le hubiese ofrecido los mismos medios para saciar su ambicion personal. Bien se pudieron comprender su carácter

y sus ideas, adivinando sus intenciones, cuando al tomar posesion del cargo de Primer Cónsul, pronunció las siguientes palabras:

«Todo lo que ambiciono, todo lo que deseo, el objeto de todos mis afanes, es que mi nombre vaya siempre unido con el nombre de Francia!